

---

EN CARTELERA: La Lupe vuelve a escena... ¿o Monse?

24/10/2013



Cuando se habla de la escena cubana de los años 50, siempre recordamos la belleza de las cantantes y el glamour del escenario que las acogía, al tiempo que pensamos en la suavidad del bolero y el feeling acompañados por el piano de algún virtuoso. Pero nunca recordamos las partes escabrosas del escenario.

Las obras de teatro que se realizan en este marco temporal y que son de autores agudos, que se interesan en las dramáticas vidas de las cantantes, que revuelven la imagen sacra de la figura en el tabloncillo, intocable, perfecta... no son muy comunes, amén de las que tratan el tema pero en la línea de endiosar a las intérpretes. Sin embargo, este camino no es en lo absoluto una vía errada pues descubrir una piel de carne y hueso en quien te ha llevado con su voz hasta momentos de placer sumo no debe ser algo reprochable. Mas no goza de mucha popularidad entre los dramaturgos.

Sin embargo, en la figura de Alberto Pedro (1954-2005) el tema encontró su cultor. El dramaturgo cubano siempre apostó por las vías difíciles de encontrar bonanzas en la audiencia, es cierto que muchas veces camuflaba sus temas con tonos jocosos e insertaba en el texto matices hilarantes que pudieran dialogar con la hondura del tema asumido. Pero en la objetividad del conflicto se encontraba una problemática social, popular, generacional que estaba pugnando con la fantasía de gozo de los que iban a divertirse con las obras de Pedro.

Durante el mes de octubre se ha estado poniendo en los horarios de 7 de la noche en una de las salas del Complejo Cultural Bertolt Brecht la obra *Las lágrimas no hacen ruido al caer*, del dramaturgo Alberto Pedro y con la dirección de Miguel Abreu. La puesta, con una gran acogida de público, se ha mantenido en la preferencia de los amantes del teatro, pero en especial de los que vivieron esa generación, los años del Cabaret.

La obra narra la historia de Osiris, una mujer que se casó con un lituano y se fue a vivir a su país, lejos de su provincia Santiago de Cuba y de su gente, pero con su cultura dentro, pues allá decide hacerse santo. Lo interesante de la puesta en escena, entre otros elementos también de resaltar es el modo en que el autor resuelve el conflicto de la protagonista, superponiéndole el personaje de La Lupe a través de una encarnación, al tiempo que va dejando claro la permanencia de problema en ambas mujeres.

La llegada de La Lupe a la obra catapultó la historia hacia una posición mayor a la presentada al principio para los espectadores. Es que el personaje de la cantante lleva un halo de misticismo a las historias, un especial encanto. Más cuando dentro del espectáculo se insertan temas de la cantante interpretados por la actriz.

Pero no es de dudar que las palmas se las lleve Monse Duany con su interpretación de la dual Osiris. La obra transcurre en Lituania en el proceso religioso de la protagonista que es visitada varias veces por el espíritu de la cantante cubana. Ahora, lo interesante de la performance es como la actriz vincula su actuación, la de Osiris, con la de La Lupe y su propia persona que en un momento de la obra también descubre. El paso por estos tres estados en el mínimo espacio de la estera se vuelve un reto para el director y la actriz en perfecto binomio, pasando al límite del tapiz significaciones de identidad, de autonomía de género.

La puesta complementa su valía con la selección musical que se mueve por la mayoría de los éxitos popularizados por La Lupe, sobresaliendo el tema que musicaliza el título de la obra. Tiene una importancia también medular el diseño escenográfico, de luces y de vestuario, que juntos construyen la imagen de una pequeña isla en el escenario del teatro.

Tiene el público de la capital una opción excelente en la obra *Las lágrimas no hacen ruido al caer*, bajo la dirección de Miguel Abreu y con la actuación de Monse Duany, una de las actrices más sólidas de la escena cubana actual.

